

**CUADERNILLO
DE
POESIA
COLOMBIANA**

52

AURELIO MARTINEZ MUTIS

**E
D
I
C
I
O
N
E
S**

**UNIVERSIDAD
DE PONTIFICIA
BOLIVARIANA**

AURELIO MARTINEZ MUTIS

Por Hernando Rivera Jaramillo

Conocí a Martínez Mutis, cuando había pasado la gloria de sus primeros triunfos, el brillo de su coronación en las tierras de Santander. La noble fisonomía juvenil y el blanco prematuro de los cabellos, luchaban entre sí. Temía, como Horacio, a la "vejez privada de la cítara". Y este niño fue entonces empresario del mar, agente viajero de sus industrias submarinas. Un día arribó a Medellín, con el sonoro cargamento, ardido de entusiasmo, y deslumbrado por tantas maravillas. Esas canas alegres, cómo iban y venían, de aquí para allá, desde el caracol, el hipocampo y la madreperla, tantas extrañas formas que en la imaginación portentosa del artista lograban similitudes y parentescos, extrañas relaciones con la historia, y como las mandrágoras, los más absurdos parecidos, en los campos de la sorpresa y del descubrimiento. Los hombres prácticos reían de su locura, y los muchachos de las escuelas discurrieron perplejos por las salas del Palacio del Mar, aspiraron el yodo de las costas lejanas, atentos al mensaje de la patria, una patria desconocida en la Montaña, con su cabellera de arena, dueña de mucha tierra y de tantos kilómetros de azul!

La empresa sucumbió. El bardo hizo maletas, y años más tarde emprendió viaje a España. En tierras castellanas sepultó otra esperanza: filmar en los propios caminos de Montiel, en los posados de La Mancha, la última salida del Quijote. Como los navegantes y aventureros del Renacimiento, Martínez Mutis, discute, expone aquellos sueños, pide apoyo a sus planes, llama a las puertas influyentes. El puede traer a Don Alonso a nuevas aventuras, episodios no escritos, inéditos dolores. Todo fue inútil, y Francia, patria del mundo, de la mejor locura humana, recoge ahora las cenizas del poeta.

Está de luto la espiga que viaja al Sacramento. Y de luto está el mar. Los niños que han perdido a su maestro, la poesía a un loco enamorado de sus cantos. Clásico, romántico, a veces simbolista, cantaba porque sí, como las aves, a impulsos de su corazón munificente, cristiano, rebotante de amor a Cristo y a la Patria. Esto es cuanto nos cuenta de su vida y nada más. Aurelio Martínez Mutis disipó su tesoro en el relato, y tomó el pan, lo llevó a su boca "sin pesarlo primero". No fue un profundo poeta. No escrutó los secretos del alma, apenas dio la vuelta al mundo de los sueños sin penetrar en ellos.

En el brocal del pozo de Jacob encontró la parábola, y así, tal como suena, de los antiguos libros la devolvió a las gentes, en su caja de música. Arranca del escudo empolvado de la patria el Cóndor de Colombia, para volverlo a viejas travesías legendarias, nunca a los nuevos horizontes de estos pueblos.

El pedagogo no es un pensador, carece de la visión de los profetas. No ejerce sus dominios sobre el porvenir, sino cuando repite lo pasado, cuando entrega la experiencia. Martínez Mutis, el maestro de escuela, el profesor universitario, cantaba las lecciones a los niños de América. El cincel muerde piedras inolvidables, y por ello su nombre ha ganado a la muerte la singular batalla de los tiempos: la vida eterna del poema. Es el poeta cívico. Es y será el maestro.

Alejado de los placeres de la carne, apenas podía tragar a la orilla de las corrientes místicas; enamorado, desde su adolescencia, la amada no vertió el agua de sus cántaros, no dió su linfa a este sediento; la vida lo trató con desprecio, y muchas veces hubo de arrastrar con orgullo la pobreza, sin perder aquel sello de distinción y de tranquila serenidad cristiana.

Cuanto la vida le negara de placeres y hartura transitorios, de bienestar y de riquezas, nada vale ante el Pan candeal, que satisface, ni ante el vino del Señor que embriaga jubilante en celeste, asombroso ayuntamiento.

Este fue el gran amigo que conocí en mis horas de juventud. Recuerdo aquellas tardes en las cuales narraba sus travesías oceánicas, como un almirante; sus lecciones de marear en otras costas goajiras en el viejo balandro; los riesgos y peligros, cuando buscó la isla de las Siete Ciudades, en la ruta que habría de llevarlo al país del agua amarga. Ahora, Martínez Mutis, en las playas de Dios, y de San Baladrán, ha logrado su empeño. Supo leer el viento, el vuelo de las aves, la tormenta insistente de la vida, y seguir adelante, obediente a las cartas celestes que dibujaba su esperanza de un camino más corto para arribar a la Belleza y la Verdad supremas. Descanse en paz.



MADRIGAL HIPOTETICO

Graciosa niña, flor de armonía,
la de los ojos de terciopelo:
¿me pides versos?... Yo te diría
que en tus pestañas se esconde el cielo...

Mas temo mucho que, hoy o mañana,
poniendo en ristre lanza y tijeras
la moda torpe, ciega y tirana,
deje mis rimas como embusteras...

Ayer apenas, con fe loaba
algunos rizos largos y bellos.
Dije a una niña que "navegaba
en el gran río de sus cabellos".

Mas la guadaña de la locura
—que acaso un duende burlón fabrique—
echó las trenzas a la basura
y el pobre barco se me fue a pique.

Por eso nada te digo ahora
con esas causas de mi desvelo,
graciosa niña, dulce señora,
la de los ojos de terciopelo...

EL AVE MARIA EN ALTA MAR

(Del poema "La Esfera Conquistada")

Entretando, prendida a la techumbre
que en torno arropa la llanura vasta
del piélago, una lágrima de lumbre
en el azul purísimo se engasta.

Es la clara pupila
de Dios. Como de un halo de violetas
descienden sus albores
con agua de irisados resplandores
y se van irisando sus facetas,
mientras que sube hacia el cenit. Rutila
con plenitud de claridad tranquila;
y pudo el nauta imaginar, al verla
romper sobre el confín su casto broche,

inmensa y nacarada madreperla
pescada por los buzos de la noche.

La bendición del cielo
bajó hasta el alma oscura
de la marinería,
y de la Trinidad se alzó en la altura
unánime clamor: Ave María!

Blancura de las rosas de la primera cita;
leche y miel del jugoso país de Canaán;
gracia morena —orlada de sol— de Sulamita;
sándalo que perfuma las aguas del Jordán.

Se anuncia ya en la infancia del mundo tu visita.
Las doce tribus fieles te esperan con afán;
tú alegras a la tierra venciendo a la maldita,
tortuosa mensajera del odio de Satán.

Puerta del cielo, fuente de segura eficacia,
que, siendo la más pura de todas las mujeres,
lloraste con la pena mayor bajo la Cruz;

¡Dios te salve María! ¡Llena eres de gracia!
el Señor es contigo y bendita tú eres!
Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Emperatriz del llanto, melancólica y muda,
que tuviste en los ojos, al morir el Señor,
las ojeras moradas de la tarde ya viuda;
un dolor no ha existido cual tu inmenso dolor.

Bajo el golpe no gimes; desgarrada y desnuda
va regando tu herida celestial resplandor,
como el heno que corta la guadaña filuda
y que deja los filos perfumados de amor.

Por la cruz y los clavos, por el largo camino,
por la hiel y el vinagre y el lanzón de Longino.
por el buey que al Bambino calentara en Belén.

¡Santa María! Madre de Dios, ruega, Señora,
por nosotros los tristes pecadores, ahora,
ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

X X X X X X X

BARBACOAS

Decir tú puedes, cual la agarena
que pintó Bécquer en su canción:
"yo soy ardiente, yo soy morena".

Porque la esencia de los canelos
te ha perfumado, fina y cordial,
y por la noche se abren tus cielos
como la cola del pavo real.

Porque es tu río con su ribera
de negros bosques, un alfiler
que atravesara la cabellera
maravillosa de una mujer.

Porque la luna de oro te nimba
cuando al amparo de su fulgor
suena el cununo con la marimba
en las azules noches de amor.

La mujer tuya, buena y sensible,
de tus hogares vive en la paz,
como en las frondas de la toquilla
se oculta el nido de la torcaz.

Y es bella y dulce como el pandero,
como las tintas del arrebol,
como la carne del cocotero,
como el palacio del caracol.

Cuando del templo quizo la lanza
las sacras joyas arrebatar,
bajó el platillo de la balanza
en que sus cofres hizo volcar.

Digno es de Esparta su heróico gesto:
¡también llenara la aspiración
si en vez de alhajas, hubiese puesto
sobre el platillo su corazón!

El silencioso
Telebí pasa, con un reposo
de musulmana pomposidad;
y a veces creo
que voy, en alas del devaneo,
subiendo el Tigris, hacia Bagdad.

El agua verde los pies te baña,
y como dicha que ya se fue,
se oye, en el fondo de la montaña,
la dulce flauta del dios-te-dé.

El manso río parece un boa
lustroso y grácil al caminar;
baja el remero con su canoa;
arde el incendio crepuscular,
y va cantando lánguidamente
del cielo claro bajo el tisú:

“Villa del oro, brasa de Oriente,
¿no hay una tierra mejor que tú!
Como no existe mayor dulzura
que la que encierra la miel de un sí,
no hay en cien leguas otra hermosura
como la reina del Telembí!”

LA EPOPEYA DE LA ESPIGA

Junto al brocal del pozo, al que en un día
de ya remotos años,
Jacob, el padre de la grey Judía,
llevó a beber sus prósperos rebaños,
sentóse a descansar Jesús. El oro
de la tarde caía lentamente;
era el paisaje místico y sonoro,
y había, cabe el amplio sicomoro,
blanda esencia de mirra en el ambiente.
El copioso sudor de la jornada
humedeció las sienes del Rabino,
que traía la veste desgarrada
por todas las tristezas del camino.

El cántaro en el hombro, la negrura
del ébano en los ojos fascinantes,
senos garridos como erectos pomos,
tez morena y contornos ondulantes
bajo la vestidura
de tintes policromos,
de la ciudad cercana,
una mujer llegó por el sendero.
Jesús, ingenuo en su inocencia aldeana,
le pidió de beber. Con el austero
ceño que marca el ancestral desvío,

responde: "Cómo pides Tú, judío,
a mí, que soy mujer samaritana?"

Y El le dice: "Si supieras
quién es el que te implora, no ya esquivas,
mas humilde y ansiosa le pidieras,
y El te daría entonces agua viva".
—"Pero el pozo, Señor, es muy profundo;
sacarla no podrás". Jesús responde:
el que bebe en tu fuente, sitibundo
otra vez estará; mas el que bebe
del agua que en mi símbolo se esconde
y luz y gracia llueve,
sed no tendrá jamás: sus compasivas
ondas habrán de refrescar al mundo
más que la linfa azul de tu cisterna,
y haré en el alma un pozo de aguas vivas
que bulla y salte hasta la vida eterna".

La hija de Samaria
regresó, pensativa y solitaria,
con rumbo a la ciudad. En los más hondos
pliegues del corazón llevaba impresa
la voz divina, los cabellos blondos
y las pupilas de Jesús. Espesa
bruma se alzaba ya; la golondrina
sacudió el vuelo en busca de sus lares;
el opio de la hora vespertina
aquietaba los rústicos pinares.
Era el cielo cordial bruñido espejo;
teñido por el último reflejo
crepuscular, el monte
de Garizim, enhiesto en lejanía
sobre la mancha de la duna,
era un copón enorme de oro viejo
en la liturgia de la noche. Una
religiosa emoción estremecía
la inmensidad; al ras del horizonte
la luna aparecía
nimbada de blancuras;
la tierra estaba de rodillas: era
la comunión primera
que el Redentor le daba en las alturas!
Pequeña en sus nacientes
albores, la doctrina
de la idea cristiana,
esparció en Palestina
bajo el madero de la cruz; y pronto
vieron crecer su juventud lozana
Siria y Corinto y Efeso y el Ponto

y la villa imperial. Rojo delirio
de odio sangriento suscitó el cristiano;
florecieron las palmas del martirio
en el Circo Romano;
mas no pudo vencer el blando imperio
del Apóstol, ni el tigre neroniano,
ni la ergástula infame de Tiberio
ni el sañudo puñal de Domiciano.

Huyó entonces la Iglesia perseguida,
entre las catacumbas la asechanza,
y para hallar la ruta de la Vida,
llevó la triple lámpara encendida
de la fe, del amor, y la esperanza.
Esos obreros, en la cripta oscura,
bañados por la lumbre indeficiente
del Pan que fortifica y que depura
labraron lentamente
la cristiana asombrosa arquitectura,
tal como bajo el sol resplandeciente
urdiendo va la abeja con orgullo
su panal millonario y escondido,
el gusano de seda su capullo
y el laborioso pájaro su nido!
Mas no fue mucho transformar la Historia
venciendo al hombre, al César y al abismo,
que el campeador, oculto bajo un velo,
era quien es tres veces grande: el mismo
que hecho voz, nube, claridad o vuelo
se mostró diademado por su gloria,
a Elías, en la cumbre del Carmelo,
a Francisco, en la cueva del peñasco,
a Constantino, en la mitad del cielo
y a Saulo en el camino de Damasco!

En la ciudad latina
la Cruz enseñoorea;
y desde entonces por doquier asoma
entre un jirón de incienso, la pristina
luz hecha Carne que al alzar blanquea,
desde San Pedro, en la opulenta Roma,
hasta el templo de paja campesina
de la más pobre y apartada aldea.

El sacro asilo en que encerrarse pudo
toda su majestad y poderío
no es el templo cismático, desnudo
como un desierto, silencioso y frío;

Por una oveja que perdió, el cayado
del Redentor con sangre se empurpura;
la eterna cárcel perdonó al culpado
y El se quedó por siempre encarcelado,
piadoso con la humana desventura;
es ternura de madre su ternura,
y como el propio corazón materno,
que es fuente santa, generosa y rica,
indivisible en su unidad y eterno
más crece cuando más se multiplica!
La hostia es la epopeya de la espiga,
la blanca animación del asfodelo,
el más feliz descanso en la fatiga
y la más pura síntesis del cielo.
Río inmortal que nuestra sed mitiga;
soplo enorme de Dios a cuyo rastro
el astro hecho humildad baja a la hormiga,
y ella se encumbra convertida en astro!

Sobre Colombia, exangüe y dolorida,
el Corazón de Jesucristo impera,
por caminos de gloria, hacia la Vida
El llevará la tricolor bandera.
Ya la paz, como aurora bendecida,
presagia los orientes del futuro.

El átomo de arena
funda la inmensidad. Todo se ordena
y se eslabona en la ascendente escala
que va hasta el infinito. El grano oscuro
que de la tierra en el riñón resbala,
presto será retoño esmeraldino,
después diadema de oro en el maduro
penacho de la mies; ya en el molino
caerá como finísima cascada
para trocarse en pan; y en la sagrada
misa, mientras la voz del campanario
suelta en ondas solemnes su armonía,
será trigo hecho Dios en el santuario
cuando sube la blanca Eucaristía!

X X X X X X X

CANCION DEL PAVO

Glu, glu, glu
a e i o u,
más sabe el pavo que tú.

Tengo fez de turco, moco de elefante
y paso medido de fiesta galante.
Parecido a muchos, ando muy campante.

Fuera de mi cortijo
no hay en el mundo nada;
y es el corral, en donde mando y rijo,
la ciudad alegre y confiada.
No turba el pensamiento
la paz en que mis horas apaciento.
¡Yo soy feliz y estoy contento!

Quede la valentía
para el gallo,
que anda buscando gresca noche y día
y las arrastra el ala
hasta a sus compañeras del serrallo
que soportan, humildes, toda su altanería.

También los peligros señala
mi grito de rudo vigor;
pero al gallo está reservado
el oficio del trovador,
que es tan inútil como el grillo
y tal vez peor.

Con su monótono estribillo,
—Centinela nocturno, reloj desorbitado—
canta catorce veces cada hora
sin importarle el sueño del vecindario alado.

Y cuando al fin viene la aurora
y el campanario de la aldea
saluda al alba mística que el orbe soñorea,
salta sobre el vallado
y canta el himno rojo del sol, como lo haría
el clarín que a la guerra lleva la infantería.

Todos los animales
están en los escudos nacionales:
es el león emblema poderoso

de Iberia; el gallo es
el símbolo francés;
hay tres leopardos en el tul glorioso
del pabellón inglés.
Hasta la llama humilde vive ufana
en la enseña peruana.
México tiene el águila caudal,
Guatemala tiene el quetzal.

Yo no estoy en ninguna parte
ni brillo en la ciencia ni el arte;
no estoy en ningún estandarte
pero estoy en el menú.
Glu
glu
glu!

Y el menú es lo más importante;
Sirio, el mirífico diamante,
es el destello más brillante
del panorama sideral;
así en la gran filosofía
y en los signos que son la guía
de la moderna ortografía,
el ombligo es el punto final.
Cuando con tonos encendidos
en la república emplumada
se forman clases y partidos
y arde violenta la algarada
y se alborota el gallinero,
la alegre esposa del granjero
trae el maíz y la cebada.
Enmudecen los alaridos
¡iris, ras!

Y la dichosa granizada
es el arco-iris de la paz.

Dicen que soy de la gleba
y que es risible mi figura
y que es anónima y oscura...
¡No soy anónimo, y lo prueba
el verbo que pone su nimbo
al fijarme en el diccionario.
Mi nombre es archimillonario:
me llaman pavo, me llaman bimbo,
me llaman sote,
me llaman pisco y guajalote
y soy primo del pavo-real.
Mas mi sustancia no se altera

AT y ayer y siempre y dondequiera
soy el puro y mismo animal.

El pavo-real es mi primo excelente
que lleva en la cola tatuado el Oriente:
una fiesta de hadas y de pedrerías
en donde con ojos de verdes estrías
que hacen en la lumbre cambiantes derroches,
parece que miran las Mil y una Noches
desde el abanico de las lejanías.

Mostrando lo efímero de la gloria humana,
la cruz de ceniza luciré mañana.
Asado a parrillas, con las estupendas
salsas y los vinos de heráldicas prendas
me verá el convite de Carnestolendas.

Por eso disfruto
del breve minuto
que pasa, y al son del tambor
marcho con el aire de un emperador,
mientras con las hojas del árbol en flor
baila, baila el viento, que es buen bailarador.

Me tienen por simple los que no han pensado
en las excelencias de un pavo trufado.
Para él no hay credos, ni vallas, ni diques:
un día riñeron dos altos caciques
y en las dos aldeas alzó sus pendones
la más cruel de todas las revoluciones.
La horrible Tragedia galopa, montada
en el corcel rojo de la barricada...
Pero los doctores sesudos y graves
que tienen de toda contienda las llaves,
un banquete ofrecen, donde el ambigú
fastuoso se ve
en forma de U
y unidas las mesas en forma de T.
Y todas las pugnas del conflicto bravo
allí concluyeron, comiéndose un pavo.
Y el Diablo, que a veces es bufo y deslíe
en salsa de bromas la humano faunalia,
como hace en la corte florida de Galia
la marquesa Eulalia,
ríe, ríe, ríe.

X X X X X X X

ROMANCE DE ORO Y DE PLATA

Dulce amiguita, en la flor
amable de tus diez años:
tienes razón, y es muy linda
la frase que has inventado.
Es verdad: yo soy el niño
de los cabellos plateados.
Porque juego con las nubes,
porque juego con los astros
que en el espejo del río
son como trompos fantásticos
que bailan llenos de música
y que se duermen bailando.
Son las bocas de las niñas
mis bombones codiciados,
y mi caja de colores
son los cielos de verano.
Echo con hilo de sueños
mis cometas al espacio,
con flecos de tijereta
y cola de papagayo.

Dicen que el mundo da vueltas...
yo en carrusel lo he trocado;
y mientras buscan el oro
ansiosos los hombres prácticos,
yo prendo en mi carrusel
colombinas, dromedarios,
Sierras Nevadas de azúcar
y caballitos de palo.
Y al són de inefable música
giro y giro, y ando y ando
y sé que ellos son los locos
y yo, el niño, soy el sabio.
Sé que las cosas del mundo
son un tejido de engaños:
que son mentiras las guerras,
que los amores son falsos,
polvo de arroz las bellezas,
hipotecas los palacios,
tahures los alguaciles,
mendigos los millonarios.

Mientras yo, prudente, doy
mis batallas con soldados
de plomo, que son invictos
y tan valientes, que cuando

caen heridos de muerte
por un certero disparo
del cañón que arroja un chorro
de confites incendiarios,
vuelvo a ponerlos de pie
y ellos prosiguen impávidos
peleando como leones,
siempre el fusil apuntado
y en el puesto de peligro
heróicamente clavados.

Preguntas: Por qué voy solo
y que por qué no me caso?
¡Vaya con una pregunta!
Tú misma no has inventado,
no has dicho que soy el "niño
de los cabellos plateados?"
Pues bien: juego al casamiento
y con las nubes me caso,
y me caso con las olas,
y a las mujeres a ratos
las quiero mucho, y después
las olvido... porque es claro
que todo pasa en el mundo
como el tiempo va pasando,
y al ver la ola y la nube
fugitivas en su encanto,
pienso que es el matrimonio
muy bueno... pero muy largo.

Jugando con las tristezas
y con las risas jugando,
sumas iguales apunto
al balance cotidiano.
Y aunque no hay suma posible
de heterogéneos sumandos,
pena y placer son la dicha
como dos y dos son cuatro.
Que no aprovecho los días
y que malgasto los años
haciendo calaveradas
y quijetismos románticos?
Pero, ¡señor! Yo el ejemplo
sigo de los demás pintados:
Luis Vidales, fino ingenio,
los punteros observando,
dice que "pierden el tiempo
los relojes"... y yo añado
que están haciendo lo mismo

(y peor, si no me engaño)
los discursos de Ginebra,
los derechos ciudadanos
los que juegan lotería,
la envidia... y el calendario.

A lo largo del camino
mi cabeza se ha nevado;
pero, lo mismo que todos,
con el espejo me tranzo:
pienso en el siglo XVIII,
el de los Luises gallardos,
veo pasar los marqueses
y los condes empolvados;
y olvidando que soy feo
y sin caudales, me allano
a creer que son harina
las nieves y los guijarros.

Malandanza que anda alegre
y tronera destronado,
sé que es fecundo el Otoño
y más lindo que el Verano,
pues tiene frutas maduras
y tiene trigos castaños,
más sedientos los matices,
más cristalinos los pájaros
y los besos más sabrosos
y los amores más sabios.

Sí, soy niño; y cuando lloro
en trovas cambio mis llantos
y en pedrerías la luna,
para ofrecerte el regalo
de un collar precioso, digno
de tu cuello de alabastro.
Has hecho bien, dulce amiga;
y como el cuento rosado
que cuenta de "La Princesa
de los cabellos de oro",
esa de los ojos mágicos,
esa que lloraba perlas,
otro nombre has inventado
muy galante y muy bonito,
pero este cuento no es falso;
es verdad: yo soy "el niño
de los cabellos plateados".

x x x x x x x

EN LA PUNA

Como un dolor insomne, se dilata
el páramo sombrío
y la brisa desata
sus ráfagas de frío.
Toca un indio la quena;
y en su caña pulida
parece que resuena
el grito de una pena
más honda que la vida.

El diapasón extraño
cuajado de imposibles
de las notas agudas,
lo oye solo el rebaño
de sus llamas flexibles,
bohemias y lanudas...
Sus cuellos anhelantes
de aspecto grave y serio
son como interrogantes
en frente del Misterio.

Como si un conocido
se hubiese muerto, instante por instante,
pasa sin hacer ruido
el agua errante...
La soledad se llena
con tintes de arrebol.
Toca un indio la quena.
Se está poniendo el sol.
Tiene el salvaje tono
cruel monotonía;
y al íntimo abandono
de su melancolía,
nada responde, nada...
Con fría carcajada,
el huracán severo,
asusta una bandada
de pájaros nativos,
que en la desamparada
laguna del estero
se va... como un reguero
de puntos suspensivos...

¿Afinidad secreta
talvez habrá, que me una
a ese lírico y pobre anacoreta
que vive con sus llamas en la puna?
El tocando la quena

en el llano sombrío,
es como yo contándole mi pena
a la impasible humanidad, tan llena
de aspereza y de frío.
¿A dónde voy? ¿En dónde mi aventura
terminará?

Yo estaba ciego un día;
y era estrellada mi ceguera, y pura
como noche estival; sobre la altura
suprema, la ilusión resplandecía.

En la humana existencia
soñar es combatir: y yo soñaba
que el mundo era un jardín en florescencia.
A medida que andaba,
el tiempo —cirujano sin conciencia—
quitó la venda de mi vista: una
claridad penetró; ya sin fortuna
me vi de pronto, en medio de la vía,
como un niño; los ojos muy abiertos
tendí para buscar la lejanía,
y vi sombras no más... la puna fría
y los páramos hoscos y desiertos!

La soledad se llena
con tintas de arrebol;
toca el indio en la quena
su do, re, mi, fa, sol...
Algo arcano, muy hondo,
voces indefinibles, desde el fondo
de mi sér se levantan.
Una nube
que parece un molino de viento, corre, sube,
brilla, se desvanece. Aire de páramo
empuja el nubarrón. Un mudo grito
cuájase en el ambiente;
y blanco, enorme, lívido y turgente,
en pie sobre sus bases de granito,
el Ilimani asoma, y lentamente
surge, santificando el infinito!

Oye, abuelo sagrado,
voy a decirte una oración. Escucha:
Yo soy un niño pobre y extraviado
a quien la horrenda lucha,
el ensueño y la sed de lo ignorado
hicieron triste para siempre: vine
cuando te oí nombrar, para que vieras

en mis nervios marchitos el consuelo
de tu blancura, para que ilumine
tu paz mi juventud y medicine
 las heridas abiertas;
 pero se alza en el cielo
 con la orfandad del polo
tu luminosa ancianidad de hielo,
y me pongo a llorar, porque estoy solo,
 porque tu cumbre es parecida
a la cabeza de mi madre anciana,
 doliente, encanecida,
 luminosa y lejana,
que besé con angustia a la partida,
 y no sé si en la vida
podré volver a acariciar mañana!
Como tú, que acompañas al viajero
en las sinuosidades del sendero,
dominando las cúspides andinas,
 para que la aspereza
 de mi camino afronte,
 su adorable cabeza,
resurge, de horizonte en horizonte!
Pero estoy abatido
 por un mal sin remedio:
tedio de artista, a las palabras: tedio
del corazón al antifáz; al ruido
vano, a la charla alegre, al aprendido
gesto idiota y galán. Por eso adoro
tu gran quietud, donde no hay voz que hable;
en la niebla inconsútil vibra el oro
 de tu silencio formidable,
y bajo la parábola encendida
que borda el astro en su radiante fleco,
 no se escucha ni el eco
de los trágicos tumbos de la vida...

Ya se engrandece el pajonal. Austeria
 viene la noche indiana.
Un ansia de infinito se apodera
 de mí. ¡Cómo quisiera
abandonar mi tolda de beduino,
comprar tiquete en la estación cercana,
 e irme al final destino
en un vagón del negro trasandino
cuyo aliento es el humo del Nirvana!

Monte divino, agosto, millonario
de blancura sin fin: sólo te pido
las nieves que circundan tu vestido,

para hacerme un sudario
glacial e inmenso como tú; y dormido
lejos del vulgo y del mundano ruido,
tener, sobre la caja que me encierra,
una montaña de tierra
y otra montaña de olvido!

N O C H E

Cubierta con sus tocas de obscuro terciopelo
baja la sombra. Calla la tierra en su orfandad.
Gime el paisaje. El río modula un ritornelo
fúnebre, entre las cañas que pueblan la oquedad.

En medio de los árboles, con el temblor del duelo,
va a refugiarse el último jirón de claridad,
y extinto ya el incendio del arrebol, el cielo
llueve ceniza y llanto sobre la inmensidad.

Habla el silencio. El agua y el soto y la alquería
se llenan de crespones y de melancolía.
Pasa silvando el cierzo con áspero estridor.

Y el cárabo nocturno repite en lejanía
su grito, cual responso de la montaña umbría
que sueña, desgranando la noche en su dolor.

R O N D E L

Un momento de amor vale una vida.
Vanos son los fantasmas del futuro.
Si el momento presente está seguro
nada hay que la ventura nos impida.

Como todo, el amor pasa y se olvida.
¿Para qué el ansia y el temor oscuro
si la ventana azul está florida
y el momento presente está seguro?

Cenizas, soledad, carbón impuro
sólo deja la hoguera enrojecida.
Nos hemos de olvidar en el futuro,

mas hoy la reja azul está florida
y el momento presente está seguro:
un momento de amor vale una vida.